

DIDO

En Olimpias concluye la civilización verdaderamente griega, y en Dido comienza la civilización verdaderamente romana. Como la madre de Alejandro pertenece al ocaso de una civilización histórica y de un espíritu colectivo, tiene realidad viva de que por su parte carecerá Dido, adscrita en el desarrollo de los tiempos á los albores de nuevo pueblo, y por lo mismo rodeada con celajes de poesías y leyendas. Así como no pertenece Olimpias, epírota, del todo á Grecia, no pertenece del todo á Roma Dido, fenicia. La poesía ó la leyenda romana, con esas intuiciones propias de todas las artes, y que tanta gloria y tanta grandeza les prestan, personifican en Dido los comienzos de aquella Cartago, destinada en el tiempo á porfiar con Roma por el dominio de la tierra entonces conocida y por la tutela de todos los pueblos diseminados en el

planeta. Dido proviene, pues, de Fenicia, y está con las mujeres fenicias enlazada, por su origen y por su carácter, pues á tal raza debió su nacimiento la rica y poderosa Cartago. ¡Qué pueblo este de Fenicia! Colocado entre las pendientes del sublime Líbano y las orillas del mar Mediterráneo, la montaña fertilísima le ofrece maderas y el agua inmensa y celeste le ofrece tranquila superficie, como invitándole una y otra con constantes invitaciones á sus dos oficios capitalísimos, la navegación y el comercio. Cerca del istmo que unió hasta nuestros días el Asia con el África; cerca de las orillas del Eufrates por un lado, y por otro lado de la desembocadura del Nilo; con sumas facilidades para dirigirse tanto á Mesopotamia como á Grecia; con el coro de las islas helenas delante ofreciéndole facilísimas estaciones á sus continuos viajes; encerrada en arrecife particular, el cual sólo mide sesenta leguas de largo por algunos kilómetros de ancho; toda la historia con toda la geografía de Fenicia y toda su índole propia, en último término, aparejábanla de suyo á los cambios, y necesitando cambiar, al comercio, alimentado siempre por agricultura é industria, sus naturales orígenes y fuentes. El pueblo fenicio, dígase cuanto se quiera en contra, pertenece por completo á las familias semíticas. Quien lo dudare habrá de razonarnos cómo

su lengua se diferencia tanto de las lenguas arias é iránias y se parece tanto á las lenguas árabes y hebreas, que casi con esta última se confunde y se identifica. Nosotros creemos á los árabes los guerreros, á los judíos los sacerdotes, á los fenicios los comerciantes del viejo semitismo. Pero naturalmente, cuando un pueblo se halla en sitio tan estrecho como el reducido espacio donde se levantará Fenicia, sitio cortado por bahías naturales, abierto á todos los vientos del cielo, nutrido por los torrentes que descienden del Líbano y por todos los vapores del oleaje que le mandan las aguas mediterráneas; cerca de Judea, de Grecia, de Egipto, su carácter propio y su índole peculiarísima se alterarán mucho al contacto con tales regiones diversas y á la infusión de tal extraña sangre. Por eso el pueblo fenicio representa una mediación tan estrecha y continua entre todos los pueblos antiguos; por eso de sus costas, como de otros tantos nidos, escapan á manera de aves entre acuáticas y aéreas las barquillas encargadas por el cielo de tender sobre la superficie de nuestro mar azul aquellas primitivas estelas del comercio, á cuya luz resplandecerán, y á cuyo calor se vivificarán en el espacio y en el tiempo tantas, tan pródidas, tan brillantes y numerosas ideas. Así no podrán los fenicios tener los caracteres peculiares y propios que su aislamiento prestó

á los judíos, pues aunque hijos, como éstos, del desierto, caldeos desprendidos de los senos del Asia para extenderse hacia Grecia en Europa y hacia Egipto y sus anejos en África, deberán poseer múltiples calidades adquiridas de sus múltiples trabajos. Por consecuencia, el pueblo fenicio, muy parecido al pueblo egipcio por su colocación particular en el espacio, como por su nacimiento en el tiempo, no disponiendo en manera ninguna de la tierra inmensa, puesta por el cielo á disposición del Egipto, rebotaba fuera de sus límites y se iba por los mares en pos de archipiélagos y continentes lejanísimos. He ahí por qué la hija de Tiro aparecerá en las costas de Africa, no lejos del Egipto, frente á frente de Italia, representando el genio colonial y el genio mercantil de su raza, que así trasciende á las costas helenas como á las costas líbicas, y así penetra por Oriente allá en el templo de Jehovah con sus maravillosos productos como por Occidente aquí en nuestra isla de Cádiz, donde todavía se ven bajo las arenas el ciclópeo pedruzco de sus templos y en los aires el resplandor amortiguadísimo pero eterno de sus ideas y de sus dioses. Dido en Cartago representa la personificación de una raza tal como la semíticofenicia, mientras Eneas representa la personificación de una raza tal como la raza iraniohelénica. Por esas intuicio-

nes propias de todo genio, revestirá el poeta en su magnífica epopeya las contradicciones de ambas razas, inmanentes á nuestros días, en los amores de Dido por Eneas y en los desdenes del pío Eneas á Dido.

La verdadera imagen de Dido ha quedado grabada en la retina y en la conciencia del género humano por los versos inmortales de Virgilio. Este poeta, cantor eximio del campo, arroja su dulce caramillo con que acompañara los idilios de los pastores en Mantua y Parténope, tomando la trompa épica de las batallas resonantes y de los héroes mitológicos. Como romano, presta en su ardor patrio á Roma los caracteres de una divinidad omnipotente y omnisciente, rodeándola con todos los esmaltes prestables por un genio tan universal como el suyo á los orígenes apartados y misteriosos de la Ciudad Eterna. En los tiempos clásicos no querían las ciudades venir de cerca, y no se contentaban todas ellas con menos que con descender del cielo y contar entre sus progenitores á los dioses. Ignorantes entonces de las razas que nos han generado y del ministerio por cada pueblo cumplido en la persona de sus progenitores, limitaban la cuna de los hombres y de los dioses al horizonte más ó menos estrecho de la poesía y de la historia clásica. Por consecuencia, Virgilio no

podía llevar los orígenes del sacro Lacio y de las soberanas gentes latinas allende aquella Troya, por tan apretados nudos ligada con las gentes helénicas. Además, el poema épico de los romanos debía unirse con el poema épico de los griegos en los enlaces mutuos entre las dos razas, las dos religiones, las dos lenguas, las dos literaturas. Troya, pues, la Troya destruida por los aqueos, le parece la madre única, bastante propia y digna del pueblo romano. Y así la *Ilíada* y la *Eneida* se confunden, y el drama que sirve para la iniciación en el mundo de Atenas sirve también para la iniciación en el mundo de la divina Roma. Los celos de Juno reaparecen. La terrible manzana de Paris vuelve á rodar por los espacios. El troyano Eneas, que corre á las riberas lavinias en pos de un espacio donde pueda erigirse con verdadero brillo ciudad rival de la perdida y acabada por el furor heleno, se halla expuesto, como sus padres, á la cólera devastadora de Juno. Ésta protegía también á Cartago y la designaba para impedir el dominio de Roma soñado en sus desapoderadas ambiciones por el troyano fugitivo. A mayor abundamiento, había leído en los horóscopos de las férreas hojas donde graba el destino sus decretos cómo un pueblo de sangre troyana debía nacer destinado á derribar las torres cartaginesas y envolverlas en los sudarios de las are-

nas líbicas. Así habíase propuesto Juno apartar á los troyanos del codiciado Lacio y dispersarlos á los cuatro vientos para que no pudiesen fundar ciudad ninguna rival de su predilecta Cartago.

Tanta molis erat romanam condere gentem.

Bogaban los troyanos por los tranquilos mares de Sicilia, cortando las aguas azules con sus quillas y los aires perfumados con sus velas, cuando Juno se irrita y ensoberbece al verlos tan seguros de sí mismos, como si no contaran los cuitados son su enemistad y con su odio. Palas había quemado la flota de los griegos tan sólo para castigar las blasfemias de Ajax, y ella, Juno, la esposa de Júpiter, no tomaría iguales desquites y no desahogaría toda su cólera en análogos enemigos suyos. ¿Quién que tal viera podría ofrecer nuevamente holocaustos y sacrificios en sus inútiles altares? Ardiendo su corazón al fuego de tales sentimientos, propúsose perseguir á los nautas con sus desenfrenados huracanes y precipitarlos y hundirlos en los profundos abismos. Así marchó rápida en busca del dios Eolo y le rogó desatara los vientos contra Eneas á cambio de la ninfa más bella que pudiera encontrar entre su cortejo y acompañamiento de preciadísimas hermosuras. Eolo, que había merecido á Juno el favor de

subir hasta la residencia donde truenan los dioses mayores y sentarse á su mesa, tenía por obligación que trocar en mandatos las instantes súplicas de Juno. Así hiere con el cuento de su lanza las montañas, en cuyo seno se abrigan los aires violentísimos, y apenas las golpea, cuando por aquella herida salta la bramadora cohorte y se derrama en torbellinos sin fin por los mares designados á su furor en la terrible cólera de Juno. Las ráfagas tempestuosas á una se precipitan sobre la mar tranquila, removiéndola en sus profundos abismos y encrespándola en tormentosos oleajes. Los cielos desaparecen, las nubes se amontonan, los relámpagos culebrean por los cuatro puntos del cielo, retumba el trueno, los rayos lucen como látigos manejados por los dioses, vibran las cuerdas de las naves, se desgarran las velas, se desunen y rompen las tablas, los remos se tronchan, la proa y la popa se apartan divididas por el furor de las aguas, hierven las arenas, tiemblan las islas, y entre tantos horrores flotan por todas partes fríos cadáveres, en cuyos rostros verdea la siniestra muerte. Si Neptuno, receloso del poder de Eolo, no hubiese levantado la cabeza ceñida con sus algas del abismo y remitido á los vientos favorables, al Euro y al Céfito, el calmar tantos torbellinos y trombas, indudablemente fuera Eneas estrellado contra las agrias sirtes por los te-

ribles huracanes. Pronto el dios anciano, conducido en su carro de conchas y de perlas por sus airoso tritones, tranquiliza los mares y les hace reflejar en sus cristalinos senos toda la limpidez de un cielo sin sombras y sin nubes. Pero desde las costas de Sicilia los troyanos dieron consigo, arrastrados por la tormenta, en las costas líbicas. Allí estaba Cartago, y en el seno de Cartago le aguardaba Dido. Naturalmente, como las grandes competencias entre los dioses helenos y los dioses troyanos continúan en este momento, Venus ha de proteger á Eneas, como Juno ha de combatirle. Y Venus consigue de Neptuno que salve á los náufragos y que serene la tormenta. Pero en las costas adonde arriba y en los mares aquellos tan celestes y tranquilos aun aguardaban á Eneas tristes asechanzas.

El sitio de arribo aparecía delicioso por extremo. A derecha é izquierda sendas rocas escalando el cielo, por cuyas laderas crecen seculares y altísimos árboles, que dejan pasar con varios amortiguamientos los resplandores del día y dibujan mezclas de luz y sombras, así en las aguas celestes como en las riberas tranquilas. Efectivamente, allí parece dormido el Mediterráneo. Su azul superficie penetra por los puertecillos humildes, por las modestas radas, semicirculares ó elípticas, y á veces de una belleza verdaderamente irregular y varia. No hay ne-

cesidad, por tanto, de cables que retengan los cansados navíos á la ribera, ni de áncoras que los encadenen. Lugar bellissimo aquel, según Virgilio lo describe, donde podrían unirse tanto los genios del mar como los genios del campo en suaves conciertos y suavísimas armonías. Los troyanos, combatidos por las hirvientes aguas del naufragio, tienden sus miembros entumecidos, ora en las blandas arenas, ora en los céspedes mullidos. Su industria les aconseja frotar unos cantos con otros cantos, y extraer por el roce y por el calor la chispa brillantísima, que, cayendo sobre las ramas y las hojas secas, enciende una voraz hoguera, la cual presta luz y calor al mismo tiempo. Entonces extraen todos de los navíos el pan mojado que les resta, y lo calientan al fuego encendido recientemente. Eneas dirige la vista por todas partes, y mientras en el mar inmenso no descubre un solo velamen, por el bosque descubre los ciervos que van pasando rápidos con flores enredadas en sus múltiples cuernos. Y como quiera que á todo náufrago suele presentársele, por una regla general, el trabajo en sus formas primitivas, así como acuden al método viejo de producir fuego y llama por el roce, acuden también á una caza propia de los tiempos en que luchaba el hombre sumergido en los senos de la naturaleza más porfiada y tenazmente con los animales inferiores, para pro-

curarse nutrición, muy adecuada de suyo á su índole, por aquella sazón combatiente y carnícera. Empeñado Virgilio en llevar al seno de la civilización latina todos los manantiales fluyentes de la civilización helena, reunía y condensaba en su *Eneida* las dos epopeyas del mundo antiguo, la epopeya del combate y la conquista, ó sea la *Iliada*, y la epopeya del comercio y la navegación, á la cual llamamos *Odissea*. Por consecuencia, sus héroes habrán de combatir, como los aqueos en los campos frigios, y habrán de navegar, como Ulises y sus compañeros, por el mar Mediterráneo. Así, encontrándose náufrago, salvado por un destino favorable sobre las playas amigas, tendrá que dedicarse á las sabias industrias propias de quienes deben domar la naturaleza rebelde, sin más aguijón que su voluntad y su inteligencia propias, y sin más instrumento que sus propios brazos. Así el combate perdurable, intenso como ley de nuestra naturaleza, como necesidad inflexible de nuestro destino, se impone al hombre, nacido verdaderamente para la guerra y criado entre luchas donde su voluntad y su pensamiento se aceran al contacto inevitable con el dolor y la desgracia. Todas estas epopeyas humanas representan y significan al fin y postre los factores necesarios y fatales de nuestro inflexible destino.



Para contrastar todas estas adversidades recurre con fortuna Eneas á filosofía consoladora, propia de quien ha combatido mucho. Sin embargo, no hay consuelo que alivie sus intensas ansiedades por los camaradas y amigos dispersos al azote del huracán, los cuales no parecen por ninguna parte. Si á esto se añadiera la repulsa de recibirlo en Cartago, Eneas se vería muy herido por la triste adversidad y muy próximo á la desesperación. Satisfechas las primeras y más rudimentarias necesidades suyas, recobrado por el sueño un poco de ánimo con otro poco de necesario esfuerzo, desligadas ya sus ansias de las incertidumbres y perplejidades que le traían lo incierto y perplejo de su destino propio, conságrase á pensar en los demás y requiere los montes, los valles, las olas para que le digan dónde han ido á parar sus fieles compañeros. Además, habiendo arribado á una tierra hospitalaria, ve por doquier copudos árboles que le prestan sombra, grutas que le ofrecen asilo, costas y riberas pacíficas; pero no ve habitación alguna y no sabe qué clase de habitantes pueblan los espacios aquellos. Cuando más emboscado se halla en sus requerimientos é investigaciones, topa con su madre Venus, que se le aparece bajo la forma de una virgen espartana conducida por briosos corceles en carro de guerra. El arco de los

bosques pende á sus espaldas, el cabello en desorden da y entrega por completo á las brisas del mar y á las auras del campo sus hilos áureos, la flotante azul túnica se repliega sobre su rodilla desnuda, y luciente piel de tigre brilla sobre sus hombros como la que llevan en tiempo de vendimia las bacantes. Aunque las apariencias humanas de la diosa ocultan su carácter y su origen divino, trascienden afuera como la esencia encerrada y contenida en bello pomo. Así Eneas le pregunta quién es, y le dice cómo, sea quien fuere, debe aguardar sus holocaustos y sus ofrendas, pues le parece, á primera vista no más, una verdadera diosa. Venus le replica diciéndole que aquel traje suyo, parecido al de las divinidades olímpicas, suele usarse por las vírgenes tirias, acostumbradas al carcaj y al coturno. Con este motivo revela de grado al náufrago y á sus compañeros el sitio donde se hallan y las gentes con quienes habrán de tratar en su permanencia indispensable allí. Naturalmente, lo primero que revela es el jefe y dueño de tales sitios y los caracteres con que se ofrece á todo el mundo, y especialmente á los que llegan de arriba. Y en tal coyuntura surge de sus labios lo que más podía interesar á los fugitivos y asilados, la historia de los poseedores y soberanos de aquel territorio. Y como sean éstos una mujer que se lla-

ma Dido, cuenta á Eneas su hijo la vida interesante de tal mujer.

Dido habitaba Fenicia, donde tuvo por esposo el más rico entre todos aquellos potentados. Llamábase Siqueo, y desde la primera juventud inspiró á la mujer que compartiera su tálamo intenso y profundo amor. Un feliz himeneo coronó esta pasión, dando al matrimonio la más ingenua ventura. Mas pronto cansó al cielo ésta. Cierta hermana de Dido, que se llamaba Pigmalión, subió, por aquel entonces, al trono. Parecía natural, contando Siqueo en el puesto primero de aquella región á tan próximo pariente suyo, que descansara sin cuidados ni recelos. Pero el rey tuvo desde su nacimiento las propensiones y contrajo después en su larga vida la costumbre de un terrible tirano. Y entre las pasiones y los vicios de su tiranía resaltaba la codicia desordenadísima. Y esta codicia le llevó á desear los tesoros de su cuñado, y este deseo le llevó á perderlo é inmolarlo sin piedad alguna. Un día que se hallaba el esposo de Dido al pie de los altares ofreciendo culto litúrgico á la divinidad propia de su patria y de su raza, el tirano lo inmoló sin piedad y sin consideración alguna, en sus brutales pasiones, á que sacrificaba una hermana querida, por quien tuviera siempre particular ternura. Largo tiempo escondió su crimen, y por medio de mil

industrias odiosas y mil mentidas fábulas entretuvo el dolor de una esposa infortunada. Mas, como quiera que, dados los ritos antiguos, todo muerto insepulto volvía del otro mundo á este mundo, Siqueo volvió en sombra, y cuando estaba Dido entregada en el desierto lecho á sueños propios de sus intensísimas zozobras, se le apareció, y mostrándole sus heridas, le mostró también el nombre del perverso que se las había torpemente inferido. Los misterios del crimen quedaron revelados y Dido pudo tocar por medios sobrenaturales aquella terrible arma que había partido el corazón de su esposo. Viuda triste del único sér á quien amara en el mundo, hermana de aquel verdugo que le arrebató de un golpe toda su felicidad, no podía vivir en su patria bajo tal tirano, y decidió partirse. Agradecido el esposo á tal muestra de amor, contóle desde la eternidad el sitio donde guardaba innumerables tesoros, burlados á la codiciosa tiranía por su discreción y por su inteligencia. Recogiólos Dido con arte bastante para esquivarlos al avaro monarca, y reuniendo en las naves donde los almacenara todos los disgustados de la tiranía y todos los heridos por sus excesos terribles, dióse á la vela en busca de territorios más propicios. Y habiéndolos encontrado en la tierra de África, levantó allí Dido una segunda ciudad que le recordara con